

Rashomon

Texto dramático para la Ópera Rashomon inspirado en los relatos *Rashomon* y *En el bosque* de Ryunosuke Akutagawa
Música de León Biriotti

Guión e indicaciones de puesta en escena para nueve cantantes.

por Sandra Massera

Espacio escénico para puesta en escena frontal.

El espacio está ocupado por un portal que evoca una antigua puerta de entrada a un templo y siete fragmentos de cabezas gigantes distribuidos por todo el escenario.

Oscuridad. La luz sube a penumbra. Se ilumina más fuertemente el portal a la izquierda del público. Vemos dos personajes humildemente vestidos, uno de sirviente y otro de leñador.

Leñador

Esta lluvia no va a parar.

Sirviente

Tal vez tengamos que quedarnos aquí durante horas.

Leñador

Quisiera volver a la aldea cuanto antes.

Sirviente

Tienes a dónde ir. Tienes suerte.

Leñador

¿De dónde eres?

Sirviente

Ahora de ninguna parte. Mi amo me despidió hace días. Desde entonces estoy vagando por todas partes. Pero no me quejo, todo es preferible a estar como sirviente de ese maldito. Tengo mi espada.

Leñador

No son tiempos para andar a la deriva. ¿Sentiste hablar de lo que ocurrió con el famoso ladrón Tajomaru?

Sirviente

No le tengo miedo. Después de enfrentarme a Sujaku no le temo a nada.

Leñador

¿Sujaku, el ladrón de cadáveres?

Sirviente

No sólo cadáveres...

Hace cuatro noches lo sorprendí robando la ropa a una pobre anciana en la torre del templo en ruinas camino a la capital. Era una mendiga que le estaba sacando los cabellos a los cadáveres tirados allí en el suelo de piedra. Logré desarmar a Sujaku pero se me escapó...

Leñador

¡Robar cabellos a los muertos! Los muertos merecen respeto. Pero escucha: mi historia es más extraña todavía...

Sirviente

No lo creo. ¿Qué puede ser más terrible?

Leñador

No dije terrible. Dije extraña. Escucha.

Hace siete días con sus noches había ido yo al otro lado de la montaña a cortar abetos, y en el sendero de bambúes que lleva a un claro del bosque, descubrí un cadáver tendido de espaldas, de cara al cielo. Era temprano en la mañana. El muerto vestía una chaqueta de seda violeta, al estilo de la capital. Una herida de espada le atravesaba el corazón y las hojas de bambú que lo rodeaban estaban teñidas de rojo. Ví que los bordes de la herida estaban ya secos y un gran tábano estaba tan agarrado a ella que ni sintió mis pasos.

Tuve que ir a declarar ante el juez. Le dije que no había visto ninguna espada, pero sí una cuerda al pie de un abeto cerca del cadáver, y también una peineta. Tampoco ví ningún caballo, porque es imposible que a esa espesura pueda llegar un caballo. El lugar está separado de la carretera por un bosque de bambúes.

Mientras esto relata el leñador, siete personajes aparecen en el espacio escénico, deambulando como sombras errantes.

Sirviente

¿Y qué hiciste después?

Leñador

Espera. Yo no fui el único que tuvo que ir ante el juez. Un monje también estaba allí prestando declaración.

Baja a penumbra la luz del portal donde se encuentran los dos hombres y sube la luz sobre un monje que avanza y sube a uno de los fragmentos de cabezas. En la tenue luz advertimos que los rostros de los siete personajes, cuatro hombres y tres mujeres, se ven más blancos de lo común. Esos rostros semejan máscaras neutras, inexpresivas, sin ningún detalle más que el tono blancuzco de la piel, lo que genera un fuerte contraste con los rústicos semblantes curtidos por el sol de los dos relatores. El monje se desplaza ceremoniosamente hasta llegar a una de las cabezas-plataforma y sube a ella, que se ilumina cenitalmente, y dirige su mirada a la zona del público, como si allí estuviera sentado el juez.

Monje

Puedo asegurarle, Señor Juez, que yo había visto ayer al que encontraron muerto hoy. Sí, fue hacia el mediodía, creo.

Un hombre (Takehiro) y una mujer (Masago) de entre los personajes que deambulan por el espacio, avanzan a proscenio.

Con movimientos densos de gran estilización, Masago, cubriéndose la cabeza con un delicado velo, se sube sobre un hombro de Takehiro y éste comienza a recorrer el escenario. Se oyen sus voces lejanas y difusas y luego cada vez más nítidas. Por momentos parecen hablar a un tiempo.

Masago

Este camino no es bueno. Debimos haber ido por la ruta principal.

Takehiro

Te digo que es el camino más corto.

Masago

No importa. La maleza lastima mis pies.

Takehiro

Silencio mujer, no dejas escuchar a los pájaros.

Masago

Los pájaros no saben de qué hablan.

Takehiro

Tu tampoco.

Llegan ante la vista del monje, que baja de su tarima, los mira pasar y los saluda.

Monje

El hombre marchaba en dirección a la capital, acompañado por una mujer montada a caballo. La mujer llevaba la cara cubierta con un velo. El caballo era un alazán de crines cortadas. ¿El hombre? Iba bien armado. Portaba sable, arco y flechas. Una aljaba laqueada de negro donde llevaba una veintena de flechas. ¿Cómo podía adivinar yo el destino que le esperaba?

Takehiro y Masago quedan extáticos en el extremo final de su camino.

Monje

En verdad la vida humana es como el rocío o como un relámpago... Lo lamento... no encuentro palabras para expresarlo...

Dicho esto, el monje acerca su mano al borde externo de su ojo derecho y hace un gesto de arriba hacia abajo. Se ve como a medida que la mano recorre su rostro va quedando dibujada una línea oscura sobre su cara blanca. Semeja el recorrido de una lágrima negra que surcara su cara, dándole un aspecto triste. La luz ilumina un instante la tarima de los dos relatores.

Leñador

Se encontraba en el juzgado también un policía...

La luz ahora cae sobre otro lugar de la escena, iluminando a un hombre ataviado con cinto y chaqueta de policía. Avanza con pasos que recuerdan un código militar y se apresta a declarar.

Policía

¿El hombre al que arresté? Es el famoso bandolero llamado Tajomaru, sin duda.

Un hombre de aspecto fuerte y mirada fiera, Tajomaru, es iluminado. Avanza hacia un costado del escenario. Empieza a maldecir con voz ahogada y cae al suelo.

Tajomaru

Maldita bestia resbalosa. Si hubieras tenido las crines largas... Maldita mujer, más escurridiza que la bestia...

El policía se acerca al cuerpo caído de un hombre. Se entabla una lucha breve entre el policía y Tajomaru.

Policía

Esta vez no escaparás.

Tajomaru

No te imaginas qué poco me importa.

El policía sigue con su declaración pero no suelta a Tajomaru al que mantiene agarrado de los cabellos mientras sigue declarando.

Policía

Cuando lo apresé estaba caído sobre el puente de Awataguchi, gimiendo. Parecía haber caído del caballo. ¿La hora? Fue ayer al caer la noche. La otra vez, cuando se me escapó por poco, llevaba puesto el mismo kimono y el mismo sable largo. Esta vez llevaba también arco y flechas. ¡Ah!.. ¿Cómo dice, Señor Juez? ¿Qué el arco y las flechas son iguales a los del muerto? Entonces no hay dudas. Tajomaru es el asesino. El caballo, un alazán con las crines cortadas, estaba cerca del puente de piedra, en el borde de la carretera, con las riendas sueltas.

De todos los ladrones que rondan por los caminos de la capital, este Tajomaru es conocido como el más mujeriego. Y ahora, si es él el que mató a este hombre, es fácil suponer qué hizo con la mujer que venía con él a caballo.

Takehiro y Masago caminan para atrás, como si estuvieran desandando su camino y retrocedieran en el tiempo, yendo hacia el centro del escenario. Tajomaru se desprende del policía y va hacia ellos. Breve coreografía de

movimientos lentos y estilizados de los dos hombres trenzándose en una lucha. Takehiro cae y luego Tajomaru cubre a la mujer con su cuerpo. Finalmente la suelta tras darle varios golpes y escapa.

Simultáneamente comienzan a oírse unos gemidos de mujer. Mientras el policía se retira, la luz ilumina a una mujer de mediana edad, autora de los lamentos. La mujer se incorpora lentamente y se dirige con pasos estilizados hacia su tarima-cabeza y sube a ella. Takehiro y Masago han quedado caídos e inmóviles en el centro y Tajomaru queda inmóvil en un extremo del camino.

Se ilumina brevemente el portal de los dos narradores.

Sirviente

Supongo que después de estas declaraciones condenaron a Tajomaru.

Leñador

Primero escucha lo que dijo la suegra del muerto. ¿Oyes sus lamentos?

Suegra del muerto

Sí, Señor Juez, es el cadáver de mi yerno. El no era de la capital; era funcionario del gobierno de la provincia de Wakasa. Se llamaba Takehiro Kanazawa. Tenía veintiséis años. No. Era un hombre de buen carácter, no podía tener enemigos.

¿Mi hija? Se llama Masago. Tiene diecinueve años. Es una muchacha valiente, tan intrépida como un hombre. No conoció a otro hombre que a Takehiro. Tiene cutis moreno y un lunar cerca del ojo izquierdo. Su rostro es pequeño y ovalado.

Entretanto, Masago se levanta, mira asustada a su alrededor y sale corriendo hacia el fondo del escenario.

Suegra

Mi yerno había partido ayer con mi hija hacia Wakasa. ¡Quién iba a imaginar que lo esperaba ese destino! Se lo suplica una pobre anciana, Señor Juez: investigue, se lo ruego. Ese bandolero... ¿Cómo se llama? ¡Tajomaru! ¡Lo odio! No solamente mató a mi yerno, sino que... lo que le hizo a mi hija...

El llanto ahoga sus palabras. La mujer acerca sus manos a su boca y siempre mirando hacia el frente, pinta sus labios blancos de color negro, acentuándolos en un rictus amargo. En tanto el monje, que parece escuchar piadosamente a la mujer, delinea otra línea vertical sobre su rostro, que parte del extremo externo de su otro ojo. Al mismo tiempo, el policía se pone de pie y dibuja sobre sus propias cejas unas líneas rojas acentuando la expresión de furor de todo su semblante. La mujer se incorpora y se retira hacia el lugar que ocupaba en el comienzo. Comienza un aria (terceto) entre el monje, la suegra y el policía.

Monje

No hay que apresurarse... ¿y si están condenando a un inocente?

Policía

No hay otro capaz de tal fechoría. Los días de Tajomaru están contados.

Suegra

Justicia, Señor Juez, justicia. Solo le pido justicia.

Monje

La justicia se hará si sabemos escuchar con nuestros ojos y ver con nuestros oídos.

Policía

No hay tiempo para absurdas sentencias. Mientras deliberamos, Tajomaru planifica más crímenes.

Monje

No hanches tu pecho tan rápido. El hombre injusto respira agitando su pecho; el hombre criterioso respira con su abdomen, pero sólo los sabios respiran con los pies.

Luz sobre la tarima de los relatores.

Sirviente

Ah... si ese malviviente se hubiera topado conmigo... ¡buena lección le habría dado!

Leñador

No alardees, que hasta ahora has tenido suerte. Puedo contarte, porque recuerdo cada palabra, lo que dijo ante el juez el propio ladrón Tajomaru. Luego de eso no creo que te queden ganas de enfrentarlo.

Con paso ágil, Tajomaru, que parece tener las manos atadas, se sube a su tarima.. Se hinca con actitud arrogante y coloca sus manos, que parecen soltarse solas, sobre sus muslos.

Tajomaru

Sí, yo maté a ese hombre. Ayer, pasado el mediodía, me crucé en mi camino con esa pareja. Una leve brisa levantó por un instante el velo de seda que cubría el rostro de la mujer. Me pareció tan hermosa como una diosa. Decidí apoderarme de esa mujer, aunque tuviese que matar a su acompañante.

Entretanto, Masago emerge nuevamente de las tinieblas y dibuja sus pequeños labios blancuzcos con un lápiz rojo.

Tajomaru

¿Qué? Yo solamente mato mediante el sable que llevo en mi cintura, mientras que vosotros matáis por medio del poder y del dinero. Me pregunto quién es más criminal.

Mientras Tajomaru declara de este modo, el personaje del policía aparece levemente iluminado y vemos cómo sigue dibujando líneas rojas con expresión de ira sobre su frente y sus pómulos.

Tajomaru baja de la tarima en tanto Takehiro se incorpora, retrocede sobre sus pasos y avanza con su esposa Masago. Tajomaru, agazapado en las sombras, ve como Masago levanta un instante el velo de su rostro y luego va al encuentro de la pareja.

Tajomaru

Buenos días. Celebro encontrar viajeros por aquí. Estoy buscando un comprador de preciosos espejos y sables que descubrí en una vieja tumba en la montaña. Los enterré en el bosque. Los doy a bajo precio si quieren seguirme.

Takehiro

No te conozco. Pero me tientas. Vamos a ver.

Masago

Yo esperaré aquí.

Tajomaru

Como gustes, señora.

Takehiro deja a su mujer, que queda abanicándose en un borde del escenario, y sigue los pasos del bandido. Tajomaru parece conducir a Takehiro hacia un punto exacto al otro extremo del escenario. Cuando el hombre se distrae, se lanza sobre él y lo derriba, lo ata con una cuerda y le llena la boca con hojas secas de bambú. Regresa a buscar a Masago.

Tajomaru

Sígueme

Masago

¿Y mi esposo?

Tajomaru

Sígueme. Ya lo verás.

Masago

¿Y mi esposo? No te conozco.

Ambos llegan dónde está Takehiro. Al ver a Takehiro atado, Masago extrae de sus ropas un puñal y ataca a Tajomaru. Coreografía de movimientos lentos y estilizados ejecutada por fragmentos, generando imágenes que semejan fotos fijas. Tajomaru, riendo con una mueca muda,

desarma a la joven, la domina y la abraza. Luego de hacer el amor con ella la suelta y comienza a alejarse, pero la mujer se arrastra hacia él con movimientos desesperados y lo toma de un brazo.

Masago

Ahora uno de ustedes dos debe morir. No podré soportar la vergüenza de saber vivos a los dos hombres que me han poseído. Eso es para mí peor que la muerte. Yo me uniré al que sobreviva.

Tajomaru

Mataré a este hombre. Serás mi mujer, aunque el cielo me fulmine.

Tajomaru, con expresión ardiente, va hacia Takehiro, lo desata y lo desafía. Hecho una furia, Takehiro desenvaina su espada y se precipita sobre Tajomaru. Se trezan en un duelo de veintitrés movimientos exactos, marcados por el ritmo de la música. En el movimiento veintitrés, Takehiro cae. Silencio. Tajomaru mira hacia todos lados y no ve a la mujer, la cual había desaparecido en la penumbra durante el enfrentamiento. Le quita las armas al hombre caído y se queda de pie unos instantes, con expresión absorta.

Tajomaru

En el vigésimo tercer asalto mi espada le perforó el pecho. Sentí admiración por él, nadie me había resistido más de veinte asaltos.

Pero cuando me volví hacia la mujer... ¡Había desaparecido!

Apoderándome de las armas del muerto retomé el camino hacia la carretera. Antes de entrar en la capital vendí la espada robada. Tarde o temprano sería colgado, siempre lo supe. Condénenme a morir.

Con gestos precisos y rápidos como los movimientos de un guerrero samurai, Tajomaru traza dos gruesas líneas negras en su rostro, desde las dos comisuras de sus labios en vertical hacia abajo, con sus dos manos a la vez. Esto le da un terrible aspecto de fiereza. A continuación abre los brazos en cruz y vuelve a unirlos ostensiblemente atrás de la espalda, dando la imagen de un hombre atado. Luz sobre la tarima de los relatores.

Sirviente

¡Ah... qué ligero es el corazón de las mujeres! ¡Más rápido que el rayo su pasión se apaga por el uno y se enciende hacia el otro!

Leñador

Antes de hablar deberías saber lo que declaró la propia mujer del muerto ante el mismo juez.

Masago sale de la penumbra del fondo del escenario y avanza con pasos codificados de princesa. Al comenzar a hablar tapa su rostro con las manos. Y luego poco a poco va cobrando valor y su cuerpo adquiere cierto aire de virilidad. Tajomaru vuelve al centro del escenario y vuelve a atar a Takehiro con la cuerda.

Masago

Después de violarme, el hombre miró burlescamente a mi esposo, que estaba atado al pie del árbol. Quise correr hacia él...

Masago corre desesperada hacia donde está Takehiro, pero Tajomaru la derriba de un puntapié. La peineta que sostenía los cabellos de la mujer se suelta y cae. La mujer extiende los brazos hacia Takehiro, que la mira con desprecio y le da la espalda.

Masago

¡Takehiro!

Ella retrocede con expresión de angustia y cae al suelo desvanecida.

Tajomaru ríe y se aleja de la escena.

La suegra del muerto, desde su lugar en su tarima, es iluminada. Comienza a dibujar dos líneas oscuras que parecen brotar del lagrimal de cada uno de sus ojos. Masago despierta, mira hacia todos lados y no viendo ya a Tajomaru, se arrastra hacia su marido.

Masago

Takehiro, después de lo que he sufrido ya no podré seguir contigo. ¡No me queda otra cosa que matarme aquí mismo! ¡Pero también exijo tu muerte! ¡Has sido testigo de mi vergüenza!

Takehiro sigue mirándola con desprecio. Masago encuentra en el suelo su pequeño puñal, lo toma y lo levanta hacia su marido.

Masago

Te pido tu vida. Yo te seguiré.

Masago hunde el puñal en el pecho del hombre y vuelve a caer desvanecida. El monje recibe luz y puede verse como va agregando una a una líneas oscuras en su frente, como si fueran las arrugas de tristeza en la frente de un hombre viejo. Masago despierta y sube a su cabeza-tarima.

Masago

Cuando recuperé la conciencia, miré a mi alrededor. Mi marido estaba muerto desde hacía tiempo. Un rayo de sol poniente iluminaba su rostro lívido y sin color. ¿Por qué maté a mi marido? ¿Vergüenza? ¿Tristeza? ¿Furia? No sé bien lo que sentí en ese momento. Si él no me hubiera mirado con ese extraño resplandor de desprecio en sus ojos...

Después... ¿qué me pasó? No tengo fuerzas para contarlo. No logré matarme. Apliqué el puñal contra mi garganta, me arrojé a una laguna en el valle... ¡Todo lo probé! Pero fue en vano. Y puesto que sigo con vida, debo soportar el peso agobiante de mi deshonra. Yo, una mujer que mató a su esposo, que fue violada por un bandido... Ni la infinita misericordia de los dioses perdonaría a una mujer como yo. *(Estalla en sollozos.)*

Dicho esto, la mujer levanta su mano y borra lentamente el rojo de sus labios, extendiendo la mancha rojiza por su rostro, deformándolo. Luego dibuja una línea roja que atraviesa su garganta y unas manchas oscuras en sus narinas. El personaje de su madre se incorpora desde su lugar en la penumbra y extiende su mano hacia ella.

Comienza un aria (dúo) entre Masago y Tajomaru.

Tajomaru

No te lamentes. El brillo de tus ojos al mirarme es más intenso que tus penas.

Masago

¿Cómo te atreves? Eres la causa de mi ruina.

Tajomaru

Puedes decirme lo que quieras. Lo desmiente tu mirada.

Masago

Nunca más viviré sin vergüenza.

Tajomaru

¡La vida no es cosa tan importante!

Masago

¿Por qué te dejaste atrapar? ¿Por qué no te escapaste?

Tajomaru

Tú te fuiste. La vida no me interesa

Masago

Mentira. Tú te fuiste. ¿Por qué no me llevaste contigo?

Tajomaru

Mientes. Pero no importa. ¡Que me condenen mientras miro tus ojos!

Masago

¡Farsante! ¡Te dejas matar y me dejas con esta locura!

Se ilumina el portal del leñador y el sirviente.

Sirviente

Ha parado la lluvia, pero este vapor helado que sube de la tierra penetra mis huesos. ¡Qué historia! Ya no sé si tiemblo de frío o de intriga.

Leñador

Todavía te queda algo por conocer. Cuando ya caía la noche de aquella jornada que pasamos declarando en casa del juez, todos los que allí estábamos fuimos testigos de un hecho asombroso. Una hermosa y

misteriosa mujer se acercó al estrado y rogó al juez que le permitiera hablar. Se presentó como una médium capaz de evocar al espíritu del muerto para hacer conocer su voz a través de ella.

Se ilumina el fondo de la escena, descubriendo la presencia de una bella mujer de larga túnica blanca. La mujer se incorpora y avanza con pasos de aire misterioso y se coloca en su cabeza-tarima. Una vez allí levanta una mano hacia su blanca frente y dibuja sobre ella una mancha oscura, ovalada, de bordes indefinidos, que da la sensación de una marca especial, un estigma, una inquietante huella. A partir de ahora la luz sólo iluminará a la Médium, quedando el resto del escenario a oscuras. Luego de dibujar su marca en la frente, la mujer se agita ligeramente, alza los brazos, desenfoca su mirada y comienza a hablar con extraña voz. Mientras habla, Takehiro se incorpora y retrocediendo hacia las sombras, desaparece hacia el fondo del escenario.

Médium

El bandolero, una vez logrado su fin, se sentó junto a mi mujer y trató de consolarla. A mí me resultaba imposible decir nada; estaba atado al pie del abeto. Pero la miraba a ella significativamente, tratando de decirle: «No escuches a ese canalla, todo lo que dice es mentira». El hablaba con habilidad. Me sentí torturado por los celos. El le decía: «Ahora que tu cuerpo fue mancillado tu marido no querrá saber nada de ti. ¿No quieres abandonarlo y ser mi esposa? Fue a causa del amor que me inspiraste que yo actué de esta manera».

Mi mujer lo miraba extasiada. Yo mismo no la había visto nunca con expresión tan bella. Le dijo: «Llévame donde quieras».

Mientras eso dice la Médium, Takehiro, con un aspecto extraño y diferente al que tenía en vida, reaparece en la cumbre de una tarima alta en el fondo del escenario. Permanece de pie sobre la tarima alta, que se ilumina con una extraña luz azul violeta.

La luz solo ilumina débilmente al hombre de la cintura hacia arriba, quedando el resto de su cuerpo en la oscuridad. Percibimos que mueve los labios a la par de la Médium, pero no sale sonido alguno de su boca.

Continúa la Médiu

Pero la traición de mi mujer fue aún mayor. ¡Si no fuera por esto, yo no sufriría tanto en la negrura de esta noche! Cuando, tomada de la mano del bandolero, estaba a punto de abandonar el lugar, se dirigió hacia mí con el rostro pálido, y señalándome con el dedo a mí, que estaba atado al pie del árbol, dijo: «¡Mata a ese hombre! ¡Si queda vivo no podré vivir contigo!» Estas palabras me siguen persiguiendo en la eternidad. Acaso pudo salir alguna vez de labios humanos una expresión de deseos tan horrible?

La médium se interrumpe, contorsionándose y riendo extrañamente. Baja de su tarima y comienza a dar vueltas vertiginosas a través del escenario. En tanto empieza a escucharse también la respiración del hombre de la tarima alta.

Continúa la Médiu

Al escucharla, hasta el bandido palideció. «¡Acaba con este hombre!».

Repitiendo esto, mi mujer se aferraba a su brazo. El bandido la arrojó de una patada sobre las hojas secas. Y mientras se cruzaba tranquilamente de brazos, el bandido me miró y me preguntó: «¿Qué quieres que haga? ¿Quieres que la mate o que la perdone? Contéstame con la cabeza. ¿Quieres que la mate? ...».

Comienza a oírse con volumen bajo la voz del hombre simultáneamente a la de la médium.

Solamente por esta actitud, yo habría perdonado a ese hombre.

Mientras yo vacilaba, mi esposa gritó y se escapó, internándose en el bosque. El hombre, sin perder un segundo, se lanzó tras ella. Yo contemplaba inmóvil esa pesadilla.

Cuando mi mujer se escapó, el bandido, que no logró alcanzarla, volvió sobre sus pasos, se apoderó de mis armas, cortó la cuerda que me sujetaba en un solo punto y desapareció en el bosque.

A partir de ahora la médium y el muerto van a hablar con el mismo volumen de voz, al unísono.

Médium y muerto

Tras su desaparición, todo volvió a la calma. Sólo se oía mi propio llanto. Por fin, bajo el abeto, liberé completamente mi cuerpo dolorido. Delante de mí relucía el puñal que mi esposa había dejado caer. Tomándolo, lo clavé de un golpe en mi pecho. Sentí un borbotón acre y tibio subir por mi garganta, pero no sentí ningún dolor. A medida que mi pecho se entumecía, el silencio se hacía cada vez más profundo. ¡Ah, ese silencio!

Muerto

¡Ah, ese silencio!

A partir de ahora se va apagando lentamente la voz del muerto, que ahora sólo repite en canon algunas palabras más que pronuncia la médium. El cuerpo de la médium empieza a derrumbarse con dolorosos movimientos sobre la tarima, quedando al final completamente inerte.

Médium

Ni siquiera cantaba un pájaro en el cielo de aquel bosque. Un último rayo de sol desaparecía... Tendido en tierra, fui envuelto por un denso silencio. En aquel momento, unos pasos furtivos se me acercaron. La mano invisible de alguien retiraba suavemente el puñal de mi pecho. La sangre volvió a llenarme la boca. Ese fue el fin. Me hundí en la noche eterna para no regresar...

Dicho esto, el espíritu del hombre muerto retrocede lentamente con paso leve y constante hasta quedar fuera del foco de la luz, volviendo a la oscuridad. Se apaga lentamente la luz de la tarima del muerto. La tarima donde yace la Médium continúa iluminada con luz penumbrosa. Se ilumina suavemente, con una luz extraña y crepuscular al resto de los personajes. Sus rostros, vueltos hacia el público, pueden verse ahora totalmente cubiertos de un difuso color gris, como si hubiera caído sobre ellos un manto de cenizas. Vemos apenas brillar sus ojos con expresión lejana. Comienza un aria.

Masago

¡Qué me condenen por tener que escuchar esas palabras! Si pudiera volvería a matarte!

Takehiro

Es imperdonable la traición de una esposa.

Masago

Te dí muerte porque me despreciaste. Las brumas de la muerte nublan tus ojos.

Médium

Yo mismo me dí muerte.

Todos los personajes comienzan a deambular con extraños desplazamientos por todo el escenario, como si fueran planetas que hubieran equivocado sus órbitas.

Tajomaru

Yo asesiné al funcionario.

Takehiro

Yo mismo me dí muerte.

Masago

¿No recuerdas mi mano con el puñal? ¡Tienes que acordarte!

Tajomaru

¿No recuerdas mi espada perforándote el pecho? ¡Tienes que acordarte!

Suegra

¡Solo pido justicia!

Policía

¿Le creeremos a un muerto?

Monje

Despertar es conocer lo que no es la realidad.

Leñador

Acontecer tan extraño nunca se había visto.

Sirviente

Tan extraño relato nunca se había oído.

Médium

Me voy. El tiempo termina cuando comienza. Que no venga nadie.

Los personajes vuelven a sus tarimas. Comienzan a cantar al unísono.

Todos

La luz es oscura; las tinieblas luminosas. El tiempo termina cuando comienza. Que no venga nadie. Que no venga nadie...

Apagón total.

FIN